DOCUMENTO FINAL



3° SÍNODO
de San Juan

CARTA Y DECRETO DE PUBLICACIÓN DEL DOCUMENTO FINAL DEL 3° SÍNODO ARQUIDIOCESANO DE SAN JUAN DE CUYO

San Juan de Cuyo, 02 de febrero de 2026
Fiesta de la Presentación del Señor

Queridos hermanos y hermanas en Cristo de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo:

Con alegría les compartimos la publicación del Documento Final del 3° Sínodo Arquidiocesano de San Juan de Cuyo. Al hacerlo en esta Fiesta de la Presentación del Señor, como Simeón y Ana reconocemos en el Niño la luz que ilumina toda oscuridad, y ofrecemos este fruto eclesial como antorcha sinodal: para escuchar, orar y anunciarlo con esperanza renovada.

El Documento ha brotado de un camino sinodal iniciado con las primeras consultas en el año 2023, caracterizado por la escucha, el discernimiento y la participación activa de las comunidades y agentes pastorales de las diversas vocaciones del Pueblo de Dios. En la Asamblea Arquidiocesana del 2 de abril de 2025 se votó trabajar en torno a tres desafíos: Escucha, Espiritualidad y Misión, para lo cual se elaboró el correspondiente Documento de Trabajo.

Con los 250 delegados sinodales a lo largo de cinco sesiones entre julio y noviembre del 2025, vivimos una experiencia de comunión y corresponsabilidad eclesial, donde cada aporte fue valorado y considerado en la elaboración de este Documento Final. Su aprobación, alcanzada de manera amplia y consensuada en la última sesión sinodal, es reflejo de la madurez y el compromiso de nuestro Pueblo de Dios, dispuesto a caminar juntos según la voluntad del Señor.

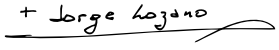
El Sínodo no concluye aquí. El Documento que hoy se publica es punto de partida y horizonte para la vida de nuestras comunidades, movimientos, instituciones y áreas pastorales. Llamamos a todos a asumir e implementar con renovada esperanza y generosidad las acciones y orientaciones que en él se proponen, para que la Iglesia en San Juan siga creciendo como un pueblo que camina, anuncia y sirve. En este aspecto será muy importante vivir juntos la asamblea arquidiocesana de pastoral el 24 de marzo, y posteriormente las asambleas por comunidades, grupos e instituciones, entre los meses de abril y agosto.

Invocamos la guía y la fuerza del Espíritu Santo, para que ilumine nuestros pasos y sostenga nuestros esfuerzos. Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, y San Juan Bautista, patrono de nuestra Arquidiócesis, nos acompañen siempre, intercediendo por nosotros ante el Señor.

Con nuestro afecto y bendición



GUSTAVO LARRAZABAL
OBISPO AUXILIAR



JORGE EDUARDO LOZANO
ARZOBISPO DE SAN JUAN DE CUYO



MARIO ROBLES
OBISPO AUXILIAR

DECRETO DE PUBLICACIÓN DEL DOCUMENTO FINAL DEL 3° SÍNODO ARQUIDIOCESANO

Decreto N°: 033 / 2026

VISTO Y CONSIDERANDO:

Que el Tercer Sínodo Arquidiocesano, convocado en 2024, ha desarrollado su camino en espíritu de comunión y participación eclesial, celebrando cinco sesiones en las cuales se elaboró y aprobó, por amplia mayoría, el Documento Final que recoge el discernimiento y las propuestas de los delegados sinodales;

DECRETAMOS:

Art. 1°- Publicar oficialmente el Documento Final del Tercer Sínodo Arquidiocesano de San Juan de Cuyo, como expresión de la fe, la esperanza y el compromiso pastoral de nuestra Iglesia local.

Art. 2°- Disponer que dicho Documento sea conocido, acogido y puesto en práctica en todas las comunidades, parroquias, movimientos y áreas pastorales de la Arquidiócesis, favoreciendo así el crecimiento sinodal y misionero de nuestra Iglesia particular.

Art. 3°- Hacer saber que este Decreto cuenta con la adhesión y conformidad de los obispos de San Juan, quienes, en comunión, animan y acompañan la recepción e implementación de lo discernido y aprobado.

Que el Espíritu Santo nos impulse a vivir con alegría y fidelidad esta etapa de implementación. La Virgen María, nuestra Madre, y San Juan Bautista nos acompañen y guíen en este nuevo tramo del camino sinodal.

Dadas en la Sede del Arzobispado de San Juan de Cuyo, a dos días del mes de febrero, del Año de Señor dos mil veintiséis. “Fiesta de la Presentación del Señor

GUSTAVO LARRAZABAL
OBISPO AUXILIAR

+ Jorge Lozano

JORGE EDUARDO LOZANO
ARZOBISPO DE SAN JUAN DE CUYO

MARIO ROBLES
OBISPO AUXILIAR

DOCUMENTO FINAL

Al querido pueblo de Dios que camina en San Juan:

Esta Iglesia Sanjuanina es una viña casi bicentenaria. Sus sarmientos se han extendido por los arenales del desierto cuyano y bajo el cordillerano sol abrasador. El Viñador providente la ha elegido y le ha regalado una vocación profética: el signo de Juan el Bautista, que vuelve a convocarnos: "Preparen el camino del Señor" (Mc 1,3).

La misión de Juan se hace eco en nuestros corazones creyentes, enseñándonos un modo de ser Iglesia, porque hace posible el encuentro con Cristo Vivo, nos introduce en el misterio de la Encarnación, y nos hace capaces de leer y asumir nuestra humanidad desde la perspectiva nueva y vivificante del bautismo.

También nosotros somos peregrinos y herederos de una esperanza, de un anuncio de vida. El fruto de la Pascua, racimo comunitario que brota del corazón abierto de Cristo, quiere ser el vino nuevo de la alegría, que rejuvenezca la fe en estas tierras y la herede a las futuras generaciones.

Miramos el camino recorrido y hacemos memoria de las huellas que, pastores y rebaño, nos han trazado en este tiempo. En las primeras décadas del siglo pasado se celebraron dos sínodos en San Juan, en 1916 y en 1926, con alcances diversos según las necesidades de entonces. Ambos fueron iniciativa del Siervo de Dios, Monseñor José Américo Orzali, que también había convocado el tercero para 1936, pero no llegó a concretarse.

Siguiendo el olfato de estos auténticos testigos, la Iglesia de San Juan se aventuró en la búsqueda de respuestas para los retos actuales. Durante cinco sesiones sinodales, más de 250 delegados representantes de la diversidad eclesial en nuestra Arquidiócesis hemos realizado un discernimiento pastoral en torno a tres desafíos: Escucha, Espiritualidad y Misión. Les presentamos ahora el Documento Final del Sínodo elaborado a partir de los aportes de las 35 comunidades de discernimiento.



Memoria del camino recorrido

Es importante hacer memoria del camino que fuimos recorriendo en clave sinodal. Desde 2019 comenzamos a celebrar anualmente las Asambleas Arquidiocesanas de Pastoral, bajo el lema "Somos un pueblo que camina, anuncia y sirve". Estos encuentros fueron oportunidades de experiencias de comunión y participación de comunidades parroquiales (dimensión territorial), de Movimientos, Instituciones y Pastorales (carismas y ministerios que el Espíritu regala a la Iglesia), como así también de la Vida Consagrada presente en la Arquidiócesis (testimonio y servicio).

Así, las diversas vocaciones del pueblo de Dios fueron participando y aportando, discerniendo la voluntad de Dios y los medios necesarios para que crezca el Reino de Dios en la provincia de San Juan.

Durante estos años también hemos participado y aportado en las distintas instancias de otros procesos sinodales que nos abarcan como porción del Pueblo de Dios que camina en San Juan, como lo fue la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe (2021), y el Sínodo Universal sobre la Sinodalidad, convocado por el Papa Francisco (2021 - 2024).

En este contexto durante el año 2023 fuimos madurando la posibilidad de convocar un Sínodo en San Juan. Realizamos varias consultas acerca de la conveniencia de esta decisión, que nos permitiera escuchar y dialogar acerca de los desafíos que se nos presentan en la misión y discernir juntos los caminos a transitar. Le dimos mayor formalidad a las consultas en diciembre del 2023, en un encuentro conjunto del Consejo Presbiteral y el Consejo Pastoral de la Arquidiócesis. Y volvimos a plantear esta posibilidad, de modo más amplio, en la Asamblea Arquidiocesana de Pastoral del 16 de marzo del año 2024, en la cual la gran mayoría de las comunidades de discernimiento alentaban a la convocatoria del 3° Sínodo en San Juan.

Del 15 de agosto al 15 de diciembre 2024 hemos realizado asambleas en cada comunidad, para que la mayor cantidad posible de fieles, anclados en la Palabra y movidos por el Espíritu Santo, puedan hacer un vivo aporte que nos ayude a expresar que "Somos un pueblo que camina, anuncia y sirve". También se celebraron esas instancias de participación en los Movimientos e Instituciones, Áreas Pastorales, la Vida Consagrada, la Universidad Católica...

Con los aportes de esas Asambleas elaboramos un elenco de 11 Desafíos que pusimos a consideración de la Asamblea Pastoral del 2 de abril del 2025. De estos 11 desafios, la Asamblea votó los 3 que entendía más importantes a tratar en las Sesiones Sinodales. A partir de las inquietudes planteadas, elaboramos el Documento de Trabajo que nos permitió, en cada sesión, estudiar, discernir, realizar nuevos aportes y seguir el proceso de enriquecimiento del texto.

El sábado 21 de junio, en la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor, durante la Novena del Nacimiento de San Juan Bautista, han hecho su juramento de fidelidad quienes fueron designados como delegados y delegadas sinodales, para comenzar con la primera Sesión el sábado 26 de julio.

El año 2025 es un Año Santo y, en la Bula de convocatoria a este acontecimiento de gracia, publicada el 8 de mayo del 2024, el Papa Francisco nos decía: "El Año jubilar podrá ser una oportunidad significativa para dar concreción a esta forma sinodal, que la comunidad cristiana advierte hoy como expresión cada vez más necesaria para corresponder mejor a la urgencia de la evangelización: que todos los bautizados, cada uno con su propio carisma y ministerio, sean corresponsables, para que por la multiplicidad de signos de esperanza testimonien la presencia de Dios en el mundo" (Bula de Convocación del Jubileo Ordinario 2025 Spes non confundit, 17).

En esta misma línea, el 8 de mayo pasado, al salir a saludar al balcón de la Plaza San Pedro, el Papa León XIV nos alentaba "Queremos ser una Iglesia sinodal, una Iglesia que camina, una Iglesia que busca siempre la paz, que busca siempre la caridad, que busca siempre estar cercanos, sobre todo a aquellos que sufren"

Deseo que el Espíritu Santo sea siempre nuestra guía en el aprender a caminar juntos como pueblo santo, y así, sobre sus alas y con el corazón dilatado, nuestra Iglesia arquidiocesana se abra a la belleza de la vida y sea siempre signo visible de su Amor, respuesta concreta para todos los que esperan su manifestación.

Recemos juntos por este tiempo, para que al escucharnos podamos discernir lo que el Espíritu Santo pide a la Iglesia hoy. No nos dejemos invadir por el desaliento y el escepticismo. Es el Señor el único que puede hacer nuevas todas las cosas (Ap 21, 5).



¿Qué vas a encontrar en este texto?

Cada uno de los tres desafíos sigue la misma estructura, diseñada para guiarnos desde la oración hasta el compromiso concreto. Esta refleja el dinamismo sinodal de escucha, discernimiento y misión. Comienza con una **cita bíblica** que invita a la oración y dispone el corazón para abordar el desafío correspondiente, acompañada de una breve reflexión que nos sitúa ante la Palabra de Dios.

Le siguen las **certezas**, que actúan como pilares teológicos y pastorales para orientar cada desafío. Estas se elaboraron a partir de las reflexiones y aportes recogidos en las 35 comunidades de discernimiento, y se fundamentan en la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, con especial atención a las enseñanzas de los Papas Francisco y León XIII. Cada uno de estos párrafos fue aprobado por más del 90% de los votos de los miembros sinodales, en el consenso de la Asamblea Sinodal reunida en su última sesión del sábado 29 de noviembre de 2025, expresando el espíritu de comunión que nos ha unido en este camino y asegurando un amplio consenso eclesial.

Por último, cada desafío incluye tres **líneas de acción**, seleccionadas y aprobadas por votación entre las propuestas. Estas representan los caminos concretos a implementar, señalando los pasos más urgentes que la Iglesia en San Juan está llamada a dar en este tiempo.

Cómo sigue el camino. ¿Terminó el sínodo?

Es tiempo de volver a las comunidades, parroquias, movimientos y áreas pastorales para continuar el discernimiento y poner en práctica las orientaciones y acciones propuestas en este Documento Final. Comenzamos así la cuarta etapa del Tercer Sínodo sanjuanino, un momento para aprovechar todo lo rezado y reflexionado, y para asumir con compromiso los tres desafíos que el Espíritu nos ha mostrado.

Es lindo que cada comunidad sienta la necesidad de abrirse y acoger este tiempo de gracia. No se trata de concluir un proceso, sino de vivirlo en cada comunidad, dejando que el Espíritu Santo nos transforme y nos anime a “salir” hacia los más necesitados. Por eso, en marzo, celebraremos nuestra habitual Asamblea Pastoral para seguir caminando juntos bajo la guía y el impulso del Espíritu Santo, con la intercesión maternal de María, Madre del Tulum, y San Juan Bautista.

+ Jorge Lozano

+ P. Jorge Lozano
Arzobispo de San Juan de Cuyo

ESCUCHA



«PUNTO DE PARTIDA PARA EL ENCUENTRO CON DIOS Y LOS HERMANOS»

Vamos a analizar juntos el primer eje temático de nuestro Tercer Sínodo Arquidiocesano, centrado en la Escucha. Es lo primero: escuchar activamente a Dios y a los hermanos. Desde aquí partimos para alimentar la espiritualidad cristiana y para realizar acabadamente nuestra Misión evangelizadora, ya que la Iglesia misma vive para evangelizar. Sin Escucha de las situaciones de todos, que incluye la lectura de los signos de los tiempos, se hace imposible llevar adelante una auténtica evangelización.

«Después llegaron a Jericó. Cuando Jesús salía de allí, acompañado de sus discípulos y de una gran multitud, el hijo de Timeo –Bartimeo, un mendigo ciego– estaba sentado junto al camino. Al enterarse de que pasaba Jesús, el Nazareno, se puso a gritar: «¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!». Muchos lo reprendían para que se callara, pero él gritaba más fuerte: «¡Hijo de David, ten piedad de mí!». Jesús se detuvo y dijo: «Llámenlo». Entonces llamaron al ciego y le dijeron: «¡Animo, levántate! El te llama». Y el ciego, arrojando su manto, se puso de pie de un salto y fue hacia él. Jesús le preguntó: «¿Qué quieres que haga por ti? Él le respondió: «Maestro, que yo pueda ver». Jesús le dijo: «Vete, tu fe te ha salvado». En seguida comenzó a ver y lo siguió por el camino. »

(Mc. 10, 46-52)

Existe un grito que se eleva desde siempre, de lo más profundo de nuestra humanidad: es el grito de los empujados al borde del camino, de aquellos envueltos en un manto de invisibilidad por una multitud que prefiere el ruido de sus propios pasos, voces periféricas silenciadas por el bullicio de lo "importante". Cada grito es un acontecimiento desconcertante, porque denuncia la ausencia de paz y alegría, declara una injusticia que merece ser resuelta y , a veces, parece afirmar más la falta de Dios que su presencia. Jesús camina de Jericó a Jerusalén, acompañado por una multitud y por sus discípulos, pero esa compañía no garantiza la verdadera comunión. Aunque los suyos lo siguen y escuchan, no comprenden bien su misión ni destino. Pese a ello, Jesús persevera en su camino y se deja tocar por la voz de los últimos, y revela que la auténtica comunión eclesial nace de escuchar atentamente al otro.

Es aquí donde la sinodalidad se traduce en movimiento concreto de atención amorosa, donde toda voz, por humilde que sea, puede transformar el rumbo de la comunidad. Es así como Bartimeo, en medio de su ceguera, percibe el paso de la «Luz admirable» (1 Pe 2,9); y más allá de su falta de vista, ha conservado, o quizás desarrollado una extraordinaria capacidad de escucha y sensibilidad para reconocer la presencia de Dios. Así, se convierte en portavoz de una humanidad sedienta de vida y de sentido. Su súplica se transforma en un grito: «¡Hijo de David, Jesús, ten piedad de mí!» (10,47.48). Y Jesús renuncia al apuro para abrazar el ritmo del otro. Se detiene para no dejar a nadie atrás, busca, llama, pregunta y acoge. Esa escucha es un acto de amor que siente el peso de su ceguera no sólo física, sino existencial: vivir al margen, en soledad, con el anhelo de pertenencia. Jesús siente ese dolor y lo convierte en sanación. Bartimeo se cura en esa Voz que lo acaricia: Alguien se ha dado cuenta de él (cf. DT 4). Es así como comienza a redescubrirse como uno más entre los demás. No sólo recupera la vista; se integra al discipulado, caminando junto a Jesús y los suyos.

El milagro sinodal es este: la escucha de Jesús hace que el marginado deje de ser un "otro" lejano para convertirse en discípulo. En esa escucha compartida, la Iglesia no sólo devuelve la vista a quienes están ciegos, sino que juntos recuperamos la visión colectiva, discerniendo los signos de los tiempos. Que el eco de Bartimeo resuene en nuestras comunidades: «Maestro, que vea» (10,51). Y, al ver, que nos levantamos para seguir, en comunión, libres de la ceguera de quien no sabe escuchar, ver y comprender desde la mirada y la escucha de Jesús.



CERTEZAS SOBRE LA ESCUCHA

1. Dios tiene la iniciativa en la Escucha.

Estamos convencidos que Dios Amor asume la iniciativa en la Escucha de todo ser humano. Antes que nosotros escuchemos, Dios ya nos ha escuchado y hablado con nosotros, interviniendo en nuestra historia para liberarnos y guiarnos, como nos dice Ex 3, 7-8: "He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a liberarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel…".

2. La Palabra de Dios, meditada en la Escritura y vivida en la liturgia, es el centro de toda escucha.

Escuchar a Dios es hacer de la Palabra el corazón de nuestra vida. Es meditar la Escritura con fe (cf. Rm 10,17) y celebrar la liturgia con el alma abierta (cf. SC 7; SVMI 109c). La Palabra de Dios, viva y presente en la Escritura y la liturgia, es el centro de toda escucha auténtica que nos une a Él y a los hermanos. Escuchar a Dios implica "detenerse" para meditar su voluntad revelada en la Escritura, que despierta y nutre la fe, y participar plenamente en la liturgia, donde Cristo se hace especialmente presente. Esta escucha, alimentada por la oración y el silencio interior (cf. 1 Sam 3, 9), nos configura como discípulos misioneros (cf. Benedicto XVI, Audiencia General, 2012), atentos a los demás y a los signos de los tiempos. En este diálogo vivo, el Espíritu Santo nos guía para caminar unidos en comunión y misión, dispuestos a acoger la voz de Dios tanto en la Escritura como en la comunidad.

3. La escucha es un acto transformador caracterizado por la apertura del corazón.

Tenemos la certeza que escuchar transforma tanto a quien escucha como a quien es escuchado (cf. Lc 8,18), porque la verdadera escucha nace del corazón, no es sólo oír: es una actitud interior de apertura, compasión y ternura (cf. Lc 10, 25l-37); un gesto concreto de caridad y hospitalidad (cf. Lc 10, 38-42); es un acto de amor que humaniza y sana vínculos rotos (cf. Lc 16,19-31). En la pastoral implica ofrecer tiempo y atención plena, creando espacios libres de juicio, donde cada persona pueda expresarse y ser acogida (cf. Lc 7,36-50), abriendo el corazón a sus necesidades más profundas. Sabemos que el apostolado de la escucha es un "servicio que nos ha sido confiado por Aquel que es el Oyente por excelencia(…) Quien no sabe escuchar al hermano, pronto será incapaz de escuchar a Dios" (Francisco. Mensaje Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 2022). Sólo así se construyen relaciones auténticas, fraternas y sanadoras que abren caminos de reconciliación y comunión (cf. Mt 5,23-24).

4. La Iglesia es una Madre llamada a escuchar a todos con disponibilidad y entrega.

Escuchar a todos es el corazón de una Iglesia sinodal, que se abre con humildad al clamor de los más vulnerables, reconociendo en sus voces la presencia del Espíritu Santo. Los jóvenes, con su frescura y anhelo de autenticidad, nos invitan a acompañarlos en su búsqueda de sentido, ofreciéndoles espacios donde su palabra sea valorada y su energía impulse la misión (cf. DF 62). Los pobres y marginados, no son sólo receptores de ayuda, sino maestros de evangelización que nos enseñan a vivir la alegría del Evangelio en medio de las dificultades (cf. DF 19) particularmente cuando ésta pertenece al ámbito de las periferias existenciales y cuando se prioriza en medio de otras acciones pastorales ordinarias. Como bien expresa León XIV: "Los más pobres no son meros objetos de compasión, sino maestros del Evangelio. No se trata de 'llevarles a Dios', sino de encontrarlo entre ellos" (DT 79). El anuncio de la Buena Noticia en el mundo de hoy, tan saturado de palabras que compiten entre sí para atraer la atención haciendo ruido, se realiza también por gestos y acciones silenciosas como es la de la escucha (Francisco, **Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 2022**). La escucha se vuelve profética al manifestar la dignidad de la persona o de la realidad que se expresa, particularmente cuando ésta pertenece al ámbito de las periferias existenciales y cuando se prioriza en medio de otras acciones pastorales ordinarias. Ofrecer un espacio acogedor y seguro, un momento de silencio, gestos de empatía y apoyo, escuchar sin pretensiones de dar una respuesta estereotipada sino más bien acorde a la situación específica y validar lo que otro nos comparte. Abrirnos al discernimiento en el Espíritu, puede ser una forma concreta de anuncio del Evangelio (cf. EG 171).

5. Con la Escucha construimos la comunión y la fraternidad.

Escuchar es el camino hacia una Iglesia más sinodal que camina con todos, desde todos y hacia todos. La escucha no es una acción a realizar sólo por algunos agentes pastorales a partir de un ministerio específico, sino que es un estilo eclesial que pone a la Iglesia en movimiento hacia la unidad y la corresponsabilidad bautismal. La Iglesia al abrirse a la escucha nunca puede quedar "igual que antes" sino que genera dinamismos internos de discernimiento, toma de decisiones y reestructuración en su servicio pastoral (cf. DA 19 y 362). La escucha es una acción eclesial transversal a todas las actividades, dimensiones, pastorales, servicios y organismos de la Iglesia. A partir de la escucha se construyen relaciones auténticas y fraternas en las comunidades, se derriban barreras generacionales, se evitan prejuicios y se crece en la comunión. La escucha como estilo eclesial es la condición para el discernimiento comunitario y la consiguiente toma de decisiones (cf. SVMI 68).

6. Sólo quien escucha puede ver con los ojos de Dios y decidir con sabiduría.
Reconocemos que la escucha es indispensable para el discernimiento; solamente cuando escuchamos con apertura podemos ver con los ojos de Dios y tomar decisiones llenas de sabiduría (cf. Lc 10, 25-37) teniendo en cuenta los signos de los tiempos (cf GS 4 y 11). En comunidad, ejercer el discernimiento exige que cultivemos la libertad interior, humildad y desapego, buscando siempre el bien común por encima de intereses personales (cf. Hch 15,28). Escuchar al hermano y al Espíritu Santo es la base que nos permite descubrir la voluntad de Dios y ejercer un discernimiento pastoral que guía nuestra acción y nuestras decisiones (cf. Hch 13,1-4). Así, el discernimiento realizado en común se convierte en el mayor signo y expresión de nuestra sinodalidad, integrando diferencias, promoviendo comunión y generando decisiones que fomenten la creatividad y audacia en la evangelización (cf. EG 33; DF 29; IL 139).

7. Escuchar es también mirarse a uno mismo y dejarse interpelar.
Sin escucharse y mirarse a uno mismo para identificar las propias heridas, prejuicios, condicionamientos y limitaciones (cf. Jn 8,7), la escucha al hermano y a la realidad estarán teñidas de subjetividad y serán una forma inconsciente de reafirmar nuestras propias ideas o sesgos espirituales, eclesiales, sociales o humanos. La escucha a uno mismo comienza cuando nos dejamos interpelar por lo que escuchamos, y nos conduce a la conversión del corazón, revisando la propia vida. Si no escuchamos con la docilidad de dejarnos interpelar y purificar nuestros oídos y corazones por medio de la oración personal y comunitaria, corremos el riesgo de escuchar como quien interpreta un papel o un rol que no lo compromete verdaderamente (cf. Lc 18,9-14). Sólo así, nuestra escucha será alegre, empática, compasiva, transformadora y misericordiosa (DA 362).

ACCIONES SOBRE LA ESCUCHA

8. Formar y capacitar a todos los agentes pastorales —ministros ordenados, laicos y consagrados— en habilidades para la escucha activa, empática, transformadora y compasiva, con el fin de ser verdaderos canales de acogida y acompañamiento.

9. Implementar el Ministerio de la Escucha en parroquias, movimientos e instituciones de la diócesis, articulando y creando redes y equipos de laicos debidamente formados como referentes comprometidos de este servicio.

10. Ofrecer espacios de formación (talleres, jornadas y escuelas bíblicas) con un enfoque particular en la escucha de la Palabra de Dios, para que la Sagrada Escritura sea la fuente de inspiración y guía en la vida de la diócesis.

ESPIRITUALIDAD



«RAÍZ DE LA COMUNIÓN Y EL DISCERNIMIENTO SINODAL»

Nos adentramos en esta segunda parte, en la Espiritualidad que alimenta la vida cotidiana del cristiano. Sólo podemos ser discípulos misioneros si estamos unidos a Dios, como los sarmientos a la Vid verdadera. La Espiritualidad implica una serie de actitudes y gestos de comunión con el Señor que transforman la vida: la oración personal y comunitaria, el acceso a la Eucaristía y demás Sacramentos, participación en escuelas bíblicas, cursos de formación permanente para vivir en comunidad, novenas, etc. Lo veamos en detalle.

« Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece en la vid, tampoco ustedes, si no permanecen en mí. Yo soy la vid, ustedes los sarmientos El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer. »

(Jn. 15,4-5)

La espiritualidad de Jesús es encarnada. Es una espiritualidad que integra la oración y la acción, la contemplación y el compromiso, lo divino y lo humano. La fe no nos saca del suelo, sino que nos hunde más hondo en él. Dios se siembra en nuestra tierra para florecer en nuestras manos, en la realidad concreta donde el Verbo hoy se hace carne. Pero esta espiritualidad requiere atravesar el desierto. La espiritualidad del desierto no se opone a la encarnación, sino que la purifica y la sostiene; nos lleva a la profundidad. El páramo no es ausencia de vida sino el lugar donde se aprende a vivir de lo esencial. Tenemos que animarnos a realizar ese itinerario de despojo con sus pruebas, soledades, y búsquedas para no correr el riesgo de una fe superficial o dependiente del entusiasmo. En cambio, el que se deja llevar al desierto descubre que la savia de Cristo sigue circulando incluso cuando no se siente.

De esa fidelidad en el desierto nace la espiritualidad de comunión. Jesús no dice “Permanezcan en mí” como individuos aislados sino como sarmientos de una misma vid. La vida que corre por uno corre por todos. El papa Francisco, nos recuerda que la espiritualidad cristiana es “siempre una espiritualidad de comunión”, que nos lleva a mirar al otro no como rival o amenaza, sino como hermano, como parte de un mismo cuerpo animado por el mismo Espíritu (EG 87). Así se entrelazan estas tres dimensiones: La espiritualidad para que sea encarnada debe fraguarse en el desierto y su efecto siempre debe ser la comunión. “Separados de mí, nada pueden hacer”,dice Jesús; no como advertencia, sino como verdad de amor. Solo en Él la vida florece.

CERTEZAS SOBRE LA ESPIRITUALIDAD

11. La Espiritualidad es una experiencia viva y transformadora de la vida de las personas y comunidades.

La espiritualidad cristiana es una experiencia misteriosa de encuentro con Jesucristo y, desde Él, con el Padre y el Espíritu. "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (DCE 1). Esta experiencia de encuentro es viva, valiente, creativa, bella, atractiva, nos precede, nos excede y hemos de renovarla día a día (EG 3). El lugar propio para esta vivencia es la Iglesia, por eso nos sentimos llamados a que nuestras comunidades cristianas sean auténticos lugares de encuentro y de amistad de Jesús, poniéndonos realmente en contacto con Él (cf. DA 287), rompiendo la monotonía de prácticas que dicen poco o nada a las personas de hoy, imaginando y organizando nuevas formas de acercamiento a Jesucristo para ellos (cf. DA 386). Este estilo de espiritualidad es transformador de la identidad y de la pertenencia de la persona que la realiza, transmitiendo una identidad de hijos amados de Dios, de amigos de Jesús, de discípulos misioneros y una pertenencia fundamental a la Iglesia como familia nueva y comunidad de hermanos en camino (Cf. DF 46).

12. Dimensión Trinitaria de la espiritualidad.

"Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado (...) significa también capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico (...) de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios (...) saber dar espacio al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros" (NMI 43). Esta espiritualidad –fuertemente enraizada en nuestra participación Trinitaria- es el alma de la vida comunitaria, el motor que nos impulsa a la santidad y el fundamento del caminar sinodal. Sin ella, toda organización eclesial se convierte en un mero formalismo. Reflejo del amor Trinitario es "una Iglesia sinodal (que) se caracteriza por ser un espacio donde las relaciones pueden prosperar, gracias al amor mutuo que constituye el mandamiento nuevo dejado por Jesús a sus discípulos (cf. Jn 13,34-35). Dentro de culturas y sociedades cada vez más individualistas, la Iglesia, "pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (LG 4), puede dar testimonio de la fuerza de las relaciones fundadas en la Trinidad. Las diferencias de vocación, edad, sexo, profesión, condición y pertenencia social, presentes en toda comunidad cristiana, ofrecen a cada persona ese encuentro con la alteridad indispensable para la maduración personal" (DF 34).

13. La oración se funda en escuchar a Cristo, entrando en comunión con la Palabra Viva.

La espiritualidad cristiana hunde sus raíces en la oración, que no es un monólogo solitario ni un eco vacío, ni tampoco un simple ejercicio de voluntad estéril. La oración cobra vida y se fortalece cuando se deja envolver por la escucha atenta de la Palabra de Dios. Esta Palabra tiene la fuerza de trascender las palabras mudas de una hoja y se revela como un encuentro vivo con una Persona, Cristo, que nos habla hoy, aquí, en el silencio delicado de una brisa tenue (cf. 1Re 19). Porque "la palabra de Dios no es simplemente audible; no sólo tiene una voz, ahora la palabra tiene un rostro, un rostro que podemos ver: el de Jesús de Nazaret" (VD 12). De ahí brota esta certeza inquebrantable: al abrir la Escritura, no descifamos símbolos abstractos, sino que entablamos un diálogo amoroso con el Dios que se inclina hacia nosotros, que se hace cercano, un Dios vivo que nos invita a la intimidad con Él (cf. DF 43). Por eso, la oración debe acompañar la lectura sagrada, porque "a Él hablamos cuando oramos, a Él oímos cuando leemos los oráculos divinos" (DV 25). Así, mediante la lectio divina, las palabras se tornan voz y mirada del Señor, que nos interpela, nos modela y nos impulsa a salir de nosotros mismos. Sólo cuando anclamos nuestra oración en este susurro divino, nuestra plegaria se robustece y transforma toda nuestra existencia en un testimonio vivo del Amor encarnado. En la sencillez de una página abierta, el Espíritu despierta esa intimidad que lo cambia todo, haciendo de nuestra existencia un eco vivo del Amor que se entrega. No hay espiritualidad auténtica sin esta danza entre la Palabra que nos busca y la oración que responde, porque sólo en ese abrazo encontramos la libertad verdadera, la libertad que nos pone en camino y nos hace correr con el corazón encendido (cf. Lc 24,32-33).

14. La Liturgia y los Sacramentos son experiencias privilegiadas de encuentro con el Señor en la Iglesia.

No hay duda de que la Eucaristía, los Sacramentos y toda la Liturgia es "fuente y culmen de la vida espiritual y de la acción de la Iglesia" (cf. SC 10). Sin embargo, muchas veces hemos dado por descontada esta realidad, cayendo en un cierto automatismo litúrgico-sacramental, que desdibuja el auténtico rostro orante de la Iglesia Esposa. "La Liturgia nos garantiza la posibilidad del encuentro vivo con Jesucristo y de ser alcanzados por el poder de su Pascua" (DD 10-11; cf. DA 251) Pero para que la Liturgia sea eficaz, estamos llamados a custodiar las mediaciones simbólicas que nos ayudan justamente a redescubrir cada día la belleza de la verdad de la celebración cristiana (DD 21). Reconociendo que la liturgia es un tejido de símbolos y que "todo símbolo es a la vez poderoso y frágil:

si no se respeta, si no se trata como lo que es, se rompe, pierde su fuerza, se vuelve insignificante" (DD 44) queremos renovar la fuerza simbólica de nuestras celebraciones a través de la belleza y del arte (canto, música, arquitectura, imágenes, etc.) como lenguaje espiritual que sigue hablando a las personas de hoy. Nuestro pueblo cultiva con fervor muchas formas de expresar la fe (pinturas, estatuas, música, danza, dibujos, tejidos, entre otras) que son lenguaje teológico en donde el alma se eleva a Dios. En la experiencia litúrgica -y fuera de ella también-, el silencio es un valioso espacio de encuentro con Dios. Todo esto se conjuga en el llamado "arte de la celebración" que no sólo han de cultivar los pastores sino todo el pueblo santo de Dios.

15. La piedad popular es expresión de auténtica espiritualidad cristiana, llamada a fructificar y sostener una cultura de vida cristiana.

Nuestra Iglesia de San Juan ha sido bendecida con múltiples lugares y experiencias de encuentro con Jesucristo a través de la piedad popular, con referencias a la Virgen María y a los santos. En medio de nuestra geografía física, caracterizada por el desierto, emerge una verdadera geografía espiritual de Santuarios -auténticos oasis espirituales-, hacia los que peregrina el pueblo santo de Dios, habitual o esporádicamente, en busca de experiencias de paz, de silencio, de reconciliación, de encuentro y de misterio. "La piedad popular es un imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda" (DA 262). Nos sentimos llamados a cuidar estas experiencias y lugares religiosos, tanto declarados por la autoridad eclesiástica como reconocidos espontáneamente por los fieles, a valorarlos como un don del Espíritu para la Iglesia de San Juan, a potenciarlos pastoralmente como camino y expresión de espiritualidad encarnada, a través de múltiples mediaciones simbólicas y sacramentales (procesiones, fiestas patronales, rosarios, Vía Crucis, velas, agua bendita, bendiciones, etc.). Integrando estas experiencias, esta "espiritualidad de la piedad popular" puede seguir sosteniendo y expresando la fe cristiana y la comunión eclesial con los santos y los difuntos.



16. La espiritualidad se traduce en el acompañamiento y en el discernimiento comunitario.

En un contexto de oración personal y comunitaria, tiene lugar el discernimiento y acompañamiento espiritual a personas y grupos. "El discernimiento eclesial no es una técnica organizativa, sino una práctica espiritual que hay que vivir en la fe" (DF 82). Todos tenemos necesidad de formación permanente, mejor que sentirse maestros, es sentirse discípulos. Por ello, todos oímos y aprendemos en la escuela de Jesús. Se dan situaciones en torno a la vida eclesial en cuanto a tareas y opciones pastorales, que han de ser estudiadas, discernidas y realizadas. No pocas veces habrá que establecer, superando una mirada meramente personal, junto a nuestros Obispos, cuáles son los compromisos más acuciantes y que han de marcar la agenda pastoral en modo prioritario. Es un espíritu evangelizador el que anima este discernimiento, atentos a la voz del Divino Maestro, lejos de todo partidismo o ideología pasajera (Cf. DF 46). Por tanto, la vivencia de la fe no es aislada; se realiza en la comunidad y para la comunidad. Se trata de una espiritualidad vivida en comunión, no en intimismo de corte individual.

17. La espiritualidad nos conduce a vivir la fe en el servicio.

No es posible encerrar la espiritualidad en un rincón escondido del alma. La espiritualidad es como un río que se desborda y nos lleva hacia los demás. Es justamente al salir de nosotros mismos, al tender la mano, cuando encontramos la verdadera contemplación: descubrir el rostro de Cristo en el que sufre, en quien ha sido olvidado. Transformamos la realidad con la fuerza de la oración y los sacramentos (cf. DA 386-389), y esto nos viene del infinito amor de Dios, un amor que no nos deja quietos y que nos envía como testigos de su misericordia: "la espiritualidad del misionero se expresa en una salida hacia los demás, especialmente hacia las periferias existenciales, donde los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio" (EG 48). Es "el amor de Cristo el que nos empuja" (2Cor. 5,14) y nos lleva a encarnar la fe mediante gestos de caridad "espontánea" y delicada que no son más que la respuesta a un amor que hemos recibido gratuitamente (Cf. DF 45). Y así, en lugar de buscar alturas imposibles, la comunión con Dios nos invita a bajar la mirada, a entrenarla para mirar con ternura a los "más pequeños". Pues en ellos, a quienes a veces descartamos, siempre está presente Aquel que "se hizo pequeño" para hacernos a todos "grandes en el amor". Por eso, nos detenemos y miramos en los pliegues de la historia, en los detalles sencillos de cada día, esos rincones donde la vida parece un desierto; es allí donde aprendemos a ser discípulos del Reino e intérpretes del Evangelio. La fe nos lleva a vivir comprometidos en la sociedad y en la Iglesia que queremos. La Espiritualidad bien fundada nos lleva al compromiso con rostros concretos que nos interpelan: el de los últimos, los vulnerables, los que viven en soledad, los enfermos, etc. En ellos descubrimos tantas veces el rostro silencioso de Jesús (cf. Mt. 25,31-46). La espiritualidad no puede prescindir de compromisos con los valores del Evangelio en una Iglesia encarnada, en una sociedad que clama a gritos transformación y crecimiento.

ACCIONES SOBRE LA ESPIRITUALIDAD

18. Fomentar la oración personal y comunitaria. Esta acción busca hacer de la oración un hábito cotidiano, atractivo y compartido. Se propone establecer en cada comunidad escuelas orantes para enseñar métodos como la Lectio Divina, talleres y retiros espirituales de distintos diseños, tiempos y formatos.

19. Promover la Adoración Eucarística, haciendo de la Eucaristía el centro de la vida comunitaria. Se sugiere ofrecer espacios acogedores, en horarios fijos de adoración en las parroquias y comunidades, organizando momentos especiales para los jóvenes, las familias y los distintos movimientos.

20. Renovar la catequesis de iniciación cristiana. Se propone un cambio en la metodología, dejando atrás un modelo escolar para enfocarse en un encuentro vivo con Jesús, anuncio kerigmático, y en la formación de familias, líderes y catequistas. La catequesis debe ser un espacio de crecimiento integral, donde se aprenda a amar a Jesús y a vivir el Evangelio.



MISIÓN



«IMPULSO PARA UNA IGLESIA SINODAL EN SALIDA»

Abordamos ahora, en esta tercera parte, La Misión evangelizadora a la que Jesucristo nos llama. Tiene a la Palabra de Dios como centro y a los Sacramentos como alimento, sustento, fortaleza y culmen. Somos discípulos misioneros para proclamar el Evangelio de Jesucristo y en Él, la Buena Nueva de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, de la ciencia y de la solidaridad con la creación.

« Después de haberles lavado los pies, se puso el manto, volvió a la mesa y les dijo: «¿comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque lo soy. Si yo, que soy el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes. Les aseguro que el servidor no es más grande que su señor, ni el enviado más grande que el que lo envía. Ustedes serán felices si, sabiendo estas cosas, las practican. »

(Jn. 13,12-17)

¡La misión de la Iglesia es servir! Este pasaje nos recuerda la verdad del sentido del ser y el hacer de la Iglesia, como bien sintetizó San Pablo VI: "La Iglesia existe para evangelizar" (EN 14). ¿Cómo es este servicio evangelizador de la Iglesia? Es querer imitar a Jesús: "Les he dado el ejemplo para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes" (Jn 13,15), sin perder nunca nuestra referencia a Él, que nos ha enviado y da sentido a nuestra misión. Por eso, todo servicio cristiano tiene una connotación profundamente pascual: amar, entregarse, "dar hasta que duela", morir... para dar vida en abundancia (cf. Jn 10,10): "Para que nuestros pueblos en Él tengan vida" (DA). El servicio de la Iglesia, como el de Jesús, enseña con los gestos más que con las palabras y es participación en su Señorío: "Yo, que soy el Señor y el Maestro, les he lavado los pies" (Jn 13,14). Es un servicio con una íntima dimensión sacramental: el gesto silencioso del Señor-servidor es una liturgia existencial que nos hace dar cuenta que no se puede celebrar la misa y los sacramentos sin servir en la vida.

Es un servicio humilde, de situaciones o personas periféricas, a veces rechazadas y hasta en cierto modo escandalosas: La biblia dice: "¿Tu, Señor, me vas a lavar los pies a mí?" (Jn 13,6.8) o incomprensibles en un primer momento: "¿comprenden lo que acabo de hacer con ustedes?" (Jn 13,7.12). Así, el horizonte universal de la misión no es lineal, sino que se entrecruza con situaciones concretas y destinatarios privilegiados. Asimismo, es un servicio fraterno y recíproco, "lavarse unos a otros" (Jn 13,14): tan importante es lavar los pies de los hermanos como dejarse lavar por ellos. Finalmente, es un servicio que supera la simple experiencia intelectual de la fe: "sabiendo estas cosas" (Jn 13,17) para abrirnos al hacer concreto, que se transforma en una verdadera bienaventuranza; "serán felices si las practican" (ibíd.).

CERTEZAS SOBRE LA MISIÓN

21. La Misión brota del encuentro con Cristo

La misión no es sólo un mandato externo, sino una respuesta gozosa al encuentro personal con Jesús. La misión es consecuencia de la espiritualidad que transforma; siendo nosotros a través de nuestro encuentro personal con Cristo, los primeros destinatarios de ésta. Hay que tener especial cuidado en que los posibles candidatos a ser "enviados" a una misión especial dentro de las comunidades (catequistas, voluntarios de Cáritas, responsables de grupo o animadores de comunidad, etc.) primero hayan "hecho experiencia" de Jesús en la Iglesia antes de recibir cualquier encargo pastoral relevante. Esta experiencia de un encuentro personal transformador, sostenido y profundizado en el tiempo, es el que garantiza que la misión se viva como "una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo" (EG 268), y así se aprende a hacer propias las alegrías y dolores de la gente y a testimoniar un mensaje y un estilo de vida que no es el propio sino de Dios. Es una verdad innegable de nuestra fe: en Cristo, somos una Misión. De ahí que cada fiel pueda afirmar con verdad: "Yo soy misión", no como un adorno pasajero, sino como la esencia misma de su vocación, un envío intrínseco que transforma la rutina en profecía viva (cf. EG 273). Sólo así, la evangelización comienza en el silencio de una existencia coherente, donde la pobreza evangélica, la libertad ante los poderes del mundo y la santidad cotidiana se erigen como signos proféticos que tocan incluso a los alejados de la fe.

22. Discipulado y Misión son inseparables

La misión como experiencia relacional de amistad, que cambia la vida en primer lugar al enviado, no consiste en hacer proselitismo ni en una estrategia de publicidad masiva o marketing digital, sino en una invitación a la comunión con el que envía. Por eso «no hay verdadero discipulado sin misión, ni misión sin comunión» (DA 262): el vínculo del discípulo con el Maestro, dentro de una comunidad de discípulos (la Iglesia) no se vive como forma de elitismo o aislamiento del mundo sino como impulso y motivación para que muchos otros tengan la experiencia de plenitud y amor gratuito que Jesús quiere ofrecernos a todos. Conscientes de que nadie estará plenamente preparado para la misión que se le confía, el discipulado se fortalece y se profundiza por medio de la misión vivida con intensidad y responsabilidad en la dinámica de la formación previa, el discernimiento eclesial, la planificación conjunta y la evaluación comunitaria, a la luz de lo que propone Evangelii Gaudium 24: "primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar". La misión siempre se vive en comunidad, en clave sinodal y corresponsablemente, y nunca como tarea

meramente individual. En este sentido, es necesario renovar la conciencia de que la misión continúa más allá de las personas concretas y que cada agente pastoral debe ser capaz de conocer, asumir y recibir la herencia de la evangelización previa a su acción; así como también transmitir y entregar con generosidad la misión para que otros continúen la obra que no es de nadie en particular sino de Jesús, el Señor, que actúa en la Iglesia.

23. Testimonio de vida como primer medio de evangelización

El testimonio de vida auténticamente cristiana es el primer medio de evangelización, anclado en la experiencia misma de Cristo, quien no sólo anunció el Reino con palabras, sino que lo encarnó en su entrega total por amor. Esta certeza nos invita a reconocer que, en un mundo sediento de autenticidad, la vida del creyente se convierte en un anuncio silencioso pero irresistible del Evangelio, más elocuente que cualquier discurso. Es una llamada profunda a la simplicidad: no se trata de grandes gestos, sino de una cotidianidad irradiada por la fe, la esperanza y la caridad, que despierta en los corazones la pregunta inevitable: "¿Qué o quién inspira esta vida?". En este sentido, «para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites. El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan» (EN 41). Porque el testimonio no es un accesorio, sino el núcleo vital de la misión, y así «será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo» (EN 41).

24. Actitudes misioneras: humildad, servicio, cercanía, alegría

Vivir como discípulos misioneros significa encarnar la humildad de Cristo, reconociendo que la Iglesia no sólo proclama el Evangelio, sino que se deja moldear por él en un flujo constante de gracia. Esta humildad, nos llama a renunciar a cualquier superioridad y a convertirnos en las manos y los pies de Jesús, abriendo así el camino a un servicio auténtico que reconoce en cada rostro a un hermano por quien Él dio su vida (cf. Flp 2,5-8). La cercanía nace de este caminar compartido, donde la comunidad sinodal se escucha mutuamente en la comunión del Espíritu, transformando nuestras relaciones y permitiéndonos acompañar a todos, en particular a los más alejados. Con el mismo amor misericordioso del Buen Samaritano (cf. Lc 10,25- 37), esta proximidad nos mueve a unirnos a los heridos, a acoger sus voces en encuentros que no imponen, sino que abrazan con la ternura divina, haciendo real una «misión de proximidad» que alivia las carnes dolientes y desvela el rostro de Jesús en el pobre y el excluido (cf. EG 24). Así nos lo recuerda el papa León XIV: "Se puede afirmar que la teología patrística fue práctica, apuntando a una Iglesia pobre y para los pobres, recordando que el Evangelio sólo se anuncia bien

cuando llega a tocar la carne de los últimos, y advirtiendo que el rigor doctrinal sin misericordia es una palabra vacía" (DT 48). Todo ello se ilumina con la alegría del Evangelio, ese gozo rebosante que surge del encuentro con el Resucitado y «llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (EG 1), un júbilo que nos hace «misioneros de la alegría» (EG 21), llevando la Buena Nueva a las periferias geográficas y existenciales con un corazón transformado que irradia esperanza. Para sostenerlo, hace falta una formación que fomente la humildad, el servicio, la cercanía y la alegría, a través de una espiritualidad sinodal nutrida por la oración, la escucha y la conversión interior, que nos une como familia en el anuncio del amor de Cristo.

25. Iglesia en salida hacia las periferias del mundo

Sabemos que la Iglesia es, por su más íntima naturaleza, una Iglesia en salida hacia las periferias, a esos confines existenciales donde late el clamor de los olvidados, los heridos y los que buscan sentido. Esta certeza nos devuelve la verdad más profunda de nuestro ser: no somos una fortaleza cerrada, sino un pueblo en movimiento, en camino. Por eso, estamos llamados no a instalarnos en la comodidad de lo conocido, sino a salir de nosotros mismos con la frescura de quien ama de verdad (cf. Mt 28,19). La Iglesia no impone soluciones desde arriba; más bien, se sienta a conversar con toda la humanidad, a escuchar sus dudas y a responderlas a la luz del Evangelio, porque «es la persona del hombre la que hay que salvar, y la sociedad humana la que hay que renovar» (GS 3). De este modo, se enriquece mutuamente en un diálogo que transforma y renueva el mundo desde dentro (cf. GS 58). Porque la Iglesia no conquista, sino que se deja enriquecer; no sale para dominar, sino para dialogar, para ser "levadura en la masa" del mundo (cf. Mt 13,33), tejiendo el Reino en el corazón de cada uno con la ternura de quien acompaña a los pobres, siguiendo las huellas del Señor que «vino a predicar el bien a los pobres» (EV 78). La misión "ad gentes" es vocación y responsabilidad de todos los bautizados. Nuestro horizonte debe abrirse al mundo entero.

26. En misión permanente.

La Iglesia existe precisamente para esta salida misionera, llevando el Evangelio a todos los hombres para que, iluminados por la fe y animados por la caridad cristiana, puedan participar realmente en la vida de Dios (cf. DT 45). Por ello, «debe ser misionera y no puede dejar de serlo sin traicionar su esencia» (EN 14). De este modo, el Papa León XIV traza el horizonte actual de la Iglesia: «Hoy se abre en la historia de la Iglesia una época misionera nueva. Si por un largo período hemos asociado la misión con el "partir", el ir hacia tierras lejanas que no habían conocido el Evangelio o se encontraban en situaciones de pobreza,

hoy las fronteras de la misión ya no son las geográficas, porque son la pobreza, el sufrimiento y el deseo de una esperanza mayor las que vienen hacia nosotros. La cuestión no es "partir", sino más bien "permanecer" para anunciar a Cristo a través de la acogida, la compasión y la solidaridad» (León XIV, Misa final del Jubileo del Mundo Misionero y de los Migrantes, 5 de octubre 2025). Lejos de encerrarse en preocupaciones internas, la Iglesia en "salida" se revela como una "discípula" que primerea, que se mancha las manos en las heridas del mundo con la ternura de una madre, reconociendo que esta misión nunca termina. Por ello, exige necesariamente una conversión eclesial: para no quedarnos en «la seguridad de una parroquia que 'funciona' [...], sino en discernir comunitariamente si nuestra tienda se ensancha, si la identidad misionera nos lleva a sentir como propio todo aquello que pasa por el corazón del pueblo. No nos quedemos sólo con la 'cantidad', sino que busquemos que los miembros experimenten un encuentro genuino y esperanzado con Cristo» (CEA). Al final, esta "salida" nos saca del egoísmo, nos llena de esperanza y nos hace familia misionera en el misterio de la gracia que nos une (cf. DF 4). Así, cada uno de nuestros pasos se convierten en un eco de esa "salida trinitaria" que nos configura a imagen de un Dios-comunión. En esa dinámica divina, entramos como una Iglesia que, al "salir", encuentra su alegría más profunda en ser puente para tantos que anhelan ser encontrados.

27. Los nuevos desafíos de la misión digital y tecnologías.

El deseo de comunicarnos es parte de nuestra humanidad y de nuestro llamado divino al amor y la comunión. La sinodalidad nos impulsa a ser una presencia viva en todos los ámbitos, incluso en el vasto océano digital, donde la Iglesia debe "salir" con mirada evangélica, evitando superficialidad y desinformación (cf. Francisco, Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 24 de enero 2024). Por eso, es urgente transformar nuestras prácticas, fomentando la alfabetización digital y el acompañamiento pastoral, para que la comunicación cree relaciones profundas y duraderas (cf. DF 58). Como señala León XIV, "no bastan las actualizaciones técnicas: es necesario custodiar un corazón que escucha, una mirada que anima y una inteligencia que discierne" (DNME 5.2). "La inteligencia artificial y los entornos digitales deben orientarse a la protección de la dignidad, la justicia y el trabajo; deben regirse por criterios de ética pública y participación; deben ir acompañados de una reflexión teológica y filosófica a la altura" (Idem 9.3). Respondemos así al llamado a ser "misioneros digitales", especialmente jóvenes que irrumpen con la alegría de Cristo para dialogar, sanar y anunciar, cuidando la dignidad en la vorágine digital. Las nuevas tecnologías son un umbral pastoral que invita a poner la Palabra al servicio del diálogo, la evangelización y la catequesis, transformando el mundo digital en un "nuevo ágora" (cf. Benedicto XVI, Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 12 de mayo 2013), que redefine nuestro modo de comunicarnos y relacionarnos (CV 86, DF 113). El continente digital puede ser profético: una

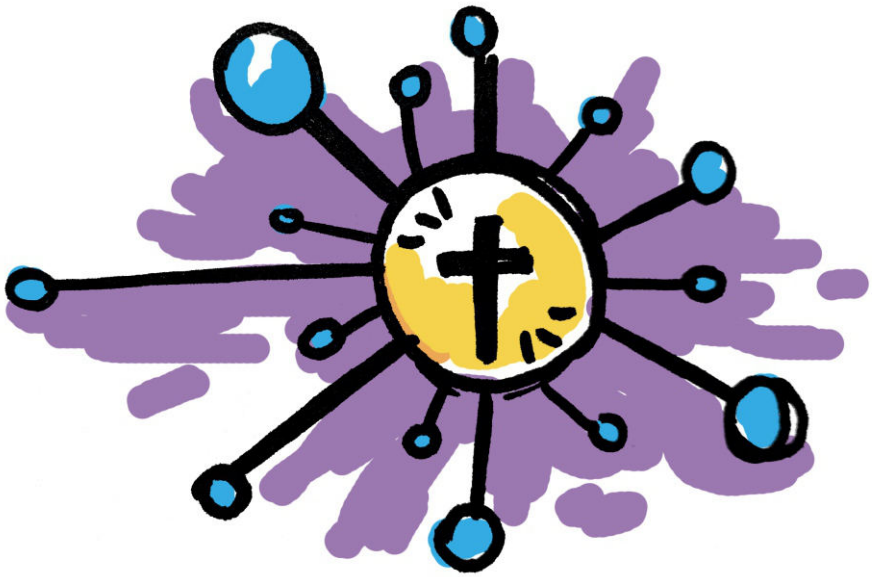
Iglesia sinodal y misionera que construye comunidades que superan la "Torre de Babel" de la desinformación, tejiendo escucha y esperanza con formación constante y responsable (cf. DF 149). Esta red multiplica las oportunidades de vivir la sinodalidad, especialmente en lo local, anclando lo global en la vida cotidiana de parroquias y barrios.

ACCIONES SOBRE LA MISIÓN

28. Formar integralmente a las comunidades como misioneras. Se trata de configurar el corazón y la mente con el espíritu misionero: desde la teología, la espiritualidad, la catequesis y la práctica concreta. Estos espacios formativos buscan despertar la conciencia de que todo bautizado es discípulo misionero y se debería vivir con conciencia de la misión como estilo de vida.

29. Soñar y vivir un plan pastoral orgánico, transversal, continuo, discernido en el Espíritu, desde la realidad diocesana y en comunidad. No basta con actividades aisladas sino que es necesario un camino con horizonte misionero que integre escucha, espiritualidad y acción, para que cada comunidad sepa hacia dónde camina y cómo hacerlo en comunión.

30. Transmitir la fe a los jóvenes, animándolos a participar activamente en las comunidades, por medio de catequesis más vivenciales, retiros, encuentros y misiones juveniles.



ANEXOS



3° SÍNODO
de **San Juan**

CARTA CONVOCATORIA

CARTA CONVOCATORIA

Hacia el
3° SÍNODO
de **San Juan**

San Juan, 24 de junio de 2024

Al querido pueblo de Dios que camina en San Juan:

Esta Iglesia sanjuanina es una viña casi bicentenaria. Sus sarmientos se han extendido por los arenales del desierto cuyano, y bajo el cordillerano sol abrasador. El Viñador providente la ha elegido, y le ha regalado una vocación profética: el signo de Juan el Bautista. Al celebrar hoy su fiesta, volvemos a escuchar una vez más el llamado: "preparen el camino del Señor". (Mc. 1,3)

La misión de Juan se hace eco en nuestros corazones creyentes, enseñándonos un modo de ser Iglesia, porque hace posible el encuentro con Cristo Vivo. La solemnidad de su nacimiento nos introduce en el misterio de la Encarnación, y nos hace capaces de leer y asumir nuestra humanidad desde la perspectiva nueva y vivificante del bautismo. También nosotros somos peregrinos y herederos de una esperanza, de un anuncio de vida. El fruto de la Pascua, racimo comunitario que brota del corazón abierto de Cristo, quiere ser el vino nuevo de la alegría, que rejuvenezca la fe en estas tierras y la herede a las futuras generaciones.

Miramos el camino recorrido y hacemos memoria de las huellas que, pastores y rebaño, nos han trazado en este tiempo. En las primeras décadas del siglo pasado se celebraron dos sínodos en San Juan, en 1916 y en 1926, con alcances diversos según las necesidades de entonces. Ambos fueron iniciativa del Siervo de Dios, Monseñor José Américo Orzali, que también había convocado el tercero para 1936, pero no llegó a concretarse.

Siguiendo el olfato de aquellos testimonios, la Iglesia de San Juan, hoy se aventura en la búsqueda de respuestas para los retos actuales. Durante el año pasado hemos realizado varias consultas acerca de la conveniencia de celebrar un Sínodo en San Juan, que nos permita "escuchar" y dialogar acerca de los desafíos que se nos presentan en la misión, y discernir juntos los caminos a transitar. El espíritu que nos anima, junto al de la Iglesia Universal, hunde sus raíces en la naturaleza eclesial, y nos dice que "lo que es común a todos, debe ser tratado por todos".

Por medio de esta carta quiero comunicar la convocatoria al **Tercer Sínodo de la Iglesia en San Juan 2024-2026,** comenzando su preparación durante los próximos meses. Oportunamente realizaremos Asambleas en cada comunidad, para que la mayor cantidad posible de fieles, anclados en la Palabra y movidos por el Espíritu Santo, puedan hacer un vivo aporte que nos ayude a expresar que ***"Somos un pueblo que camina, anuncia y sirve".***

Deseo que el Espíritu sea nuestra guía en el aprender a caminar juntos como pueblo santo, y así, sobre sus alas, y con el corazón dilatado, nuestra Iglesia arquidiocesana se abra a la belleza de la vida y sea siempre signo visible de su Amor, respuesta concreta para todos los que esperan su manifestación.

Recemos juntos por este tiempo, para que al escucharnos podamos discernir lo que el Espíritu Santo pide a la Iglesia hoy. No nos dejemos invadir por el desaliento y el escepticismo. Es el Señor el único que puede hacer nuevas todas las cosas (Ap. 21,5). Que el próximo jubileo de la esperanza nos aliente en este peregrinar.

María, Madre del Tulum y San Juan Bautista, rueguen por nosotros.

+ Jorge Lozano

P. Jorge Eduardo Lozano
Arzobispo de San Juan de Cuyo

HOMILÍA APERTURA

ARZOBISPADO DE SAN JUAN DE CUYO

Homilía para la Misa de Inicio del Tercer Sínodo de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo.

¡Alabado sea Jesucristo!

¡Cristo vive, y te quiere vivo!!! (CV 1) ¡¡¡Iglesia en San Juan, Cristo vive y te quiere viva!

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Con alegría y esperanza, nos reunimos hoy para dar inicio al Tercer Sínodo de nuestra querida Arquidiócesis de San Juan de Cuyo. Este es un momento de gracia, un tiempo que el Señor nos regala para renovar nuestro camino como Iglesia local, para discernir juntos los pasos que el Espíritu Santo nos invita a dar.

Las lecturas que acabamos de proclamar iluminan profundamente el sentido de este acontecimiento eclesial. En el Evangelio, escuchamos cómo Jesús sube al monte, llama a los que Él quiso, y ellos fueron con Él (Marcos 3, 13). La iniciativa es del Señor, es Él quien llama. Y los discípulos respondemos con seguimiento. Nos levantamos, y acudimos a la convocatoria.

Y simultáneamente los constituye en comunidad apostólica para que estén con Él y para enviarlos a predicar. Aquí se explicita la vocación de toda la Iglesia y de cada discípulo: estar con el Señor en comunidad y ser enviados por Él. El Sínodo no es, en primer lugar, una estrategia pastoral, ni una reunión de expertos, ni un intercambio de ideas. Es un tiempo para estar juntos con Jesús, para escucharlo, para dejar que su Palabra y su Espíritu nos hablen. Y desde esa intimidad con el Señor, descubrir qué nos pide hoy como Iglesia sanjuanina, para ser fieles a la misión de anunciar el Evangelio en nuestra tierra.

Queridos hermanos y hermanas: para caminar este Sínodo con fecundidad, es fundamental ponernos en actitud de escucha profunda. No sólo escuchar con los oídos, sino con el corazón. Escuchar lo que el Espíritu Santo me dice a mí, en lo íntimo de la conciencia. Escuchar también lo que el Espíritu dice a través de quienes formemos parte de las Comunidades de discernimiento: del sacerdote, del religioso, del laico, del joven, del anciano, de quien vive en la ciudad y en los valles o en la montaña, del que está firme en la fe y del que busca con dudas. Escuchar como Iglesia sanjuanina que quiere ponerse a la escucha de Dios y de su pueblo.

San Pablo, en la primera carta a los Corintios, nos recuerda que “hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de servicios, pero un mismo Señor” (I Corintios 12, 4). Esta es una verdad central para nuestro Sínodo: no todos tenemos los mismos carismas, no todos servimos de la misma manera, pero todos somos necesarios. La diversidad en la Iglesia no es un problema: es un don. La diversidad no es anarquía o dispersión. Así como la unidad, la comunión, no son uniformidad. Y es el Espíritu Santo quien la sostiene y la ordena para la comunión. “Ustedes son el Cuerpo de Cristo, y cada uno en particular, un miembro de él”, dice San Pablo. El Sínodo es este tiempo para reconocernos mutuamente como miembros vivos del mismo Cuerpo, valorando lo que cada uno aporta, y buscando juntos la unidad que sólo el Espíritu puede dar.

Y para eso necesitamos aprender de María, la Virgen dócil al Espíritu. Ella no se resistió cuando el Espíritu la llamó, aunque no comprendía del todo. Guardaba todo en su corazón y lo meditaba. Caminó a prisa hacia su prima Isabel, se dejó mover. María nos enseña a dejarnos conducir por el Espíritu, aunque eso implique salir de nuestras seguridades, cambiar costumbres, superar miedos, abrirnos a lo nuevo.

Nos hace bien volver a escuchar al Papa León XIV: “En Pentecostés, María, los Apóstoles, las discípulas y los discípulos que estaban con ellos fueron colmados con un Espíritu de unidad, que radicó para siempre sus diversidades en el único Señor Jesucristo. No muchas misiones, sino una única misión. No introvertidos y belicosos, sino extrovertidos y luminosos. La palabra 'sinodalidad' expresa felizmente el modo en el cual el Espíritu modela la Iglesia. Donde está el Espíritu hay movimiento, hay camino. Somos un pueblo en camino”. (Papa León XIV, Vigilia de Pentecostés 2025)

El Espíritu Santo desinstala, moviliza, afloja nuestras rigideces. No podemos vivir este Sínodo desde la comodidad o la autosuficiencia. Sólo si somos dóciles al Espíritu, seremos capaces de discernir los caminos nuevos que el Señor nos quiere mostrar. Caminos de comunión, de participación, de misión. Caminos para una Iglesia más cercana a los pobres, más fraterna, más samaritana, más en salida. Acojamos el llamado a ser “Peregrinos de la Esperanza” en este Año Santo que estamos celebrando.

La Iglesia de San Juan es invitada por Jesús, llamada, vocacionada por Él. La reúne junto a Él. En unidad con Jesús no nos diluimos: cada uno es llamado por su nombre, pero en comunidad, a fin de enriquecernos mutuamente con los dones de otros.

Al mismo tiempo, ese llamado ofrece la originalidad de esta Iglesia local. Hay una invitación a escuchar, y también para anunciar, de un modo propio, al modo sanjuanino, con rostro sanjuanino.

Es el tiempo de vivir la encarnación del evangelio en nuestra cultura cuyana, ofreciendo el sabor de un vino nuevo que brota de ese encuentro con Cristo y devuelve la alegría. No es un vino que hace perder la conciencia, sino que abre los ojos y el corazón, ofreciendo siempre nuevos motivos para el encuentro, la celebración y la vida.

El sínodo no puede resolverlo todo; no debe hacerlo. Pero es una ocasión para renovar las fuerzas de la misión, soltarse de los miedos, abrazar las diferencias y volver a poner la mirada en Jesús, Maestro y compañero de camino, autor y consumador de nuestra fe (Hebreos 12, 2).

Con la confianza y la convicción que tenía nuestro Siervo de Dios Don José Américo Orzali nos ponemos en camino reconociendo que “este Sínodo es la obra de todos”. De la mano de San Juan Bautista señalamos a Jesús nuestro Salvador. Nos ponemos en el corazón de la Virgen, Madre de la Iglesia.

Pidamos juntos esta gracia:
Que el Espíritu Santo nos regale un corazón abierto, humilde y disponible.
Que nos enseñe a escucharnos sin prejuicios, con respeto y con fe.
Que renueve en nosotros la alegría de pertenecer al Cuerpo de Cristo.
Y que este Tercer Sínodo nos ayude a ser una Iglesia samaritana en nuestra tierra cuyana, servidora del Reino, fiel a Jesús y cercana a su pueblo. Amén.

+ P. Jorge Eduardo Lozano
Arzobispo de San Juan de Cuyo
26 de julio 2025, memoria de San Joaquín y Santa Ana
Año Santo de la Esperanza

HOMILÍA CLAUSURA

ARZOBISPADO DE SAN JUAN DE CUYO
Homilía para la Misa de Clausura de las Sesiones del Tercer Sínodo

"Somos un Pueblo que camina, anuncia y sirve".

"Nadie se salva solo", "Estamos todos en la misma barca".
¡Cuántas convicciones que podemos experimentar en este tiempo de camino sinodal!
Hemos escuchado la primera carta de San Pablo a los Corintios, y proclamado el Evangelio de los discípulos de Emaús. En esta narración se expresan a cada paso los tres desafíos en torno a los cuales las comunidades han realizado discernimiento: Escucha, Espiritualidad y Misión, y a su vez se nos muestra la dimensión eclesial de nuestra fe.

Escucha.

Los primeros que aparecen en el relato de San Lucas son los dos discípulos caminando juntos, pero sin Jesús, alejándose de Jerusalén y de la comunidad apostólica. Cargados sus hombros con la decepción ("nosotros esperábamos... pero no...") y sus corazones con la tristeza. Mirémonos a nosotros en ellos. ¿Cuáles son mis decepciones y tristezas? ¿Qué me impide tener esperanza? ¿Qué me lleva a la amargura y el escepticismo? Anímate a decirle a Jesús.

Él toma la iniciativa, se acerca, camina con nosotros y nos escucha, recibe nuestras incertidumbres y vacilaciones. Se implica con nosotros y nos ilumina, nos hace arder el corazón. Pese a que somos torpes de pensamiento, lo escuchamos. "¿Cómo no creen en los profetas? ¿Por qué están tristes y quejosos?". Nos llama a confiar en las Escrituras. Como sucede en todos los procesos, son lentos y con ritmos distintos.

Espiritualidad

Nos regala el momento de espiritualidad, de encuentro con el Resucitado, "¡está vivo! ¿Te das cuenta?". Conmueve las entrañas, ilumina suavemente las tinieblas, fascina (DCE 1), toca el corazón endurecido y nos da el Espíritu Santo. Rezamos, pidiendo como en Pentecostés: "Ven, Espíritu Santo, riega nuestra aridez, cura nuestras heridas. Suaviza nuestra dureza, enciende nuestra frialdad. Danos la eterna alegría" (Secuencia de Pentecostés).

Podemos decir junto a los obispos en Aparecida que "conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestras palabras y obras es nuestro gozo" (DA 29).

Misión

Al partir el pan se hace presencia y corre el velo. Entusiasma y moviliza, desinstala y devuelve al camino. La Eucaristía mueve a la misión con la urgencia de anunciar y compartir la Buena Noticia. Regresaron apurados al encuentro de los apóstoles y la comunidad de discípulos y discípulas. "¡Es verdad, ha resucitado!".

Esta alegría pascual no nos aparta de las situaciones de angustia y dolor. Al contrario, ellas han estado bien en el centro de las comunidades de discernimiento. El sentido de la vida en los jóvenes, los desencuentros en las familias, los pobres, los enfermos, los encarcelados, el gemido de la tierra.

La Iglesia

Hace pocos días (25 y 26 de octubre) el Papa León XIV celebró el Jubileo de los equipos sinodales y organismos de participación. Asumamos para nosotros sus palabras en las que "se nos invita a contemplar y a redescubrir el misterio de la Iglesia, que no es una simple institución religiosa ni se identifica con las jerarquías o con sus estructuras. La Iglesia (...) es el signo visible de la unión entre Dios y los hombres, de su proyecto de reunirnos a todos en una única familia de hermanos y hermanas y de hacer de nosotros su pueblo, un pueblo de hijos amados, todos unidos en el único abrazo de su amor".

No somos una "organización religiosa o altruista", somos Pueblo de Dios, Familia suya, animados por el Espíritu Santo.

Por eso, "en la comunidad cristiana el primado atañe a la vida espiritual, que nos hace descubrir que todos somos hijos de Dios, hermanos entre nosotros, llamados a servirnos los unos a los otros. La regla suprema en la Iglesia es el amor. Nadie está llamado a mandar, todos lo son a servir" (Ídem).

El Papa Francisco nos insistía: "Estamos todos en la misma barca". No caigamos en las miradas individualistas de la felicidad, la esperanza y la pastoral. Como nos enseñaba el Papa Benedicto XVI, "Ninguno peca solo. Nadie se salva Solo" (SS 48). Y nos alerta el Papa León que "esto sucede cuando el yo prevalece sobre el nosotros, generando personalismos que impiden relaciones auténticas y fraternas; cuando la pretensión de ser mejor que los demás, crea división y transforma la comunidad en un lugar crítico y excluyente; cuando se aprovecha del propio cargo para ejercitar el poder y ocupar espacios" (León XIV, ídem).

Hace falta un "entrelazamiento de vocaciones, carismas y ministerios "(DF 11). Ningún carisma queda al margen: todos somos convocados a participar, cada uno desde su lugar, en la escucha y el discernimiento comunitario. Así se manifiesta la auténtica sinodalidad, donde la autoridad se hace servicio y la diversidad, comunión. Todos los carismas y ministerios para el bien de la comunidad, como enseñaba San Pablo en la primera lectura. "No escondas ninguna cualidad. Pon todas tus cualidades al servicio de Dios: de Él las has recibido" (Siervo de Dios José Américo Orzali).

Hoy en la quinta y última sesión del Sínodo se ha votado el Documento Final. ¿Y ahora qué viene? ¿Se acabó el pecado? ¿Terminó el escepticismo? ¿Llegamos a la cumbre? De ninguna manera. Sin embargo, podemos decir que hemos realizado una hermosa experiencia de encuentro en Jesús y entre nosotros.

Estamos comenzando la etapa de la apropiación e implementación. ¿Quiénes son responsables? Volvemos a decir "Todos, algunos, uno". Como nos decía el Buen Pastor de Cuyo, "este sínodo es la obra de todos". Cada quien según su vocación y misión. Jesús dice a cada uno "Te amo y te envío. Confío en vos". A los obispos, los párrocos y vicarios parroquiales, todos los sacerdotes y diáconos, a los consagrados y consagradas, a los consejos pastorales, juntas parroquiales y consejos de asuntos económicos; los necesitamos a todos para seguir caminando juntos.

Hace falta renovarnos en procesos de conversión pastoral permanente personal y comunitariamente, sin esperar a que cambien los otros para dar yo el primer paso. El pecado de otros no puede usarse como excusa para seguir en zona de confort. "La sinodalidad exige arrepentimiento y conversión" (DF 6).

Todo el camino es para ser más fieles a Jesús y renovarnos en la misión, que "es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo" (EG 268).

Quedate con nosotros, Señor.
En las penumbras de nuestros desalientos,
en el gozo de la misión.
Quedate con nosotros.
En la alegría de los niños,
en la frescura de los jóvenes.
Quedate con nosotros.
En los deprimidos y tristes que no le encuentran sentido a la vida,
en los que lloran vacío y soledad.

Quedate con nosotros y ayudanos a seguir caminando juntos como Iglesia en San Juan.

La Virgen María y San Juan Bautista nos acompañan en este peregrinar en la Esperanza.

+P. Jorge Eduardo Lozano
Arzobispo de San Juan de Cuyo
29 de noviembre 2025
Año Santo de la Esperanza

ORGANISMOS DEL SÍNODO

EQUIPO ANIMADOR.

Mons. Jorge Lozano, Hna. Laura Alaníz, Tamara Alaníz, Débora Sánchez, P. Víctor Hugo Gallardo, P. Jorge Carrascosa.

Fabiola Lara, Pablo Rodríguez (Primera etapa).

EQUIPO DE SECRETARÍA.

Mons. Mario Robles, Tamara Alaníz (Secretaria del Sínodo), Yanira Ganam, Andrea Riveros,

EQUIPO DE REDACCIÓN Y DISEÑO.

Beatriz Téllez de Pérez, Diácono David Argumosa, Jacqueline Paredes (Diseñadora gráfica), Pablo Paredes (ilustrador), Tamara Alaníz (coordinadora).

Mons Jorge Lozano, P. Sergio Díaz, Hna. Laura Alaníz, P. Germán Pickelny, P. José Juan García, Rosana Luna, Beatriz Téllez de Pérez, P. Gastón Molina (equipo redactor de documentos).

EQUIPO DE COMUNICACIÓN.

María Isabel Rodríguez (coordinadora), Claudia Campos, Virna Vinader, Aldo Galdeano, Seminarista Martín Sillero, P. Jorge Carrascosa.

Cristina Barragán, Marcos Ayala, Facundo Ortíz, Julio Fonseca, Seminarista Tomás Massimino (Primera etapa).

EQUIPO DE ESPIRITUALIDAD Y LITURGIA.

P, Víctor Hugo Gallardo y Débora Sánchez (coordinadores), Liliana Gallardo, Valeria Velásquez, Carmelo de María (Caucete).

EQUIPO DE LOGÍSTICA.

Diácono Mario Sasso (coordinador), P. Aníbal Sánchez, P. Jorge Carrascosa, Seminarista Ramón García, Fray Jorge Ballarati ofm, Servidores de grupos Scouts.

MODERADORES DE LAS SESIONES SINODALES.

Elida Lescano y Pablo Merino.

EQUIPO DE ASUNTOS ECONÓMICOS.

Mons. Gustavo Larrazábal, Diácono Rafael Herrera, Víctor Sáez, P. Jorge Carrascosa.